



Un estruendo a lo lejos hacía presagiar lo peor. Acserf Auga, valeroso y apuesto caballero, protector de la fuente de la vida cabalgaba sobre las colinas, rodeado por una vegetación

exuberante. Estaba cansado por el trayecto recorrido y su caballo exhausto, ya no podía continuar. De fondo, el sonido de espadas enfrentadas, le daba ánimos para llegar a su destino. Portaba noticias nuevas para su pueblo, que acabarían con los enfrentamientos.



*Acserf Auga cabalgando velozmente.*

Años atrás, los Lebitas, sufrían los estragos de una sequía continuada. Vivían en zonas donde el agua había desaparecido casi por completo, y tan solo quedaban unos pequeños reductos, en forma de manantiales, gracias a los cuales el pueblo subsistía.

Acserf Auga no era el único protector de las reservas de agua, pero sí el más joven. A sus diecisiete años, no recordaba los días en los que se nadaba en el río Lyn, porque su corta existencia había estado marcada por la guerra. Proteger la escasa cantidad de agua que quedaba frente a los Rapsitas era su cometido.

Estos limitaban sus tierras al otro lado de las cumbres del Tyn. Era un pueblo apacible que nunca había estado en guerra hasta ahora. Los Rapsitas habían empezado a morir.

A diferencia de los Lebitas, en sus tierras no existían manantiales donde abastecerse de agua. La desesperación era tal, que la búsqueda del agua les había llevado a una guerra, aparentemente, sin retorno.

Habían pasado cinco meses desde que Acserf Auga saliera en busca de ‘La Rosa del agua’.

Nadua era la anciana que se encargaba de curar a los enfermos y de contentar a los dioses. Las arrugas recorrían su rostro, como los caminos en los mapas, y su conocimiento de los remedios naturales era extraordinario. Muchos pensaban que tenía poderes sobrehumanos, y no andaban mal encaminados, ya que ella pertenecía a ese grupo de personas que siempre resolvían los problemas, aunque para ello utilizara su magia.

Después de comunicarse con los vientos del sur, Nadua había elaborado un mapa, a través del cual se llegaba a la Tierra Hidral, donde se hallaba ‘La Rosa del agua’, una planta especial y mágica que atraía el agua donde se plantara.

El pueblo de los Lebitas era valeroso, pero la misión conllevaba peligros insospechados y tan solo Acserf se presentó voluntario. Quería vivir en un mundo mejor y si para ello debía arriesgar su vida, lo haría. Antes de emprender su viaje, la anciana Nadua se reunió con él. La curandera le proporcionó una serie de objetos útiles para el gran viaje, entre ellos, cuerdas, un machete, un frasco de ungüento para las heridas, un antídoto para las picaduras de serpientes y un frasco de esencia mágica, que Nadua le advirtió, que no utilizara si no era realmente necesario.

Encontrar la Tierra Hidral no fue difícil para Acserf Auga, pero conseguir la Rosa sí. Ésta crecía en lo alto de una colina, y estaba rodeada de numerosos peligros.

Al llegar a la base de la montaña, Acserf dejó su caballo atado y empezó a ascender. No había subido ni diez metros, cuando la vegetación empezó a cambiar y plantas de espinos empezaron a rodearle las piernas. Acserf Auga sacó su machete e intentó que las espinas no le

ocasionaran dolor. Debían ser venenosas, porque las piernas empezaron a enrojecérsele. Como pudo siguió adelante.

El siguiente obstáculo fue una zona de arenas movedizas. Esto sí era un verdadero problema para él. Desde el borde, donde el terreno empezaba a cambiar, pensó cómo poder atravesar las arenas y al fin una idea se iluminó en su mente. Tenía alrededor gran cantidad de vegetación, y se puso a arrancar ramas con su machete. Con éstas, construiría una escalera que le llevaría al otro lado del lodazal movedizo. Las cuerdas que cargaba, le ayudarían a fijar los peldaños. Pensado y hecho. En poco tiempo, tenía una escalera bastante resistente que le sirvió de puente para atravesar el peligroso terreno movedizo. ¿Qué sería lo siguiente?

La cima estaba próxima, pero para Acserf todavía era inalcanzable.

El último tramo fue el peor. Cuando ya nada hacía presagiar una desgracia, Acserf Auga oyó unos ruidos extraños. Parecía como si alguien se arrastrara por el suelo, y cuál no sería su sorpresa cuando un nido de víboras apareció frente a él. ¿Cómo iba a sortearlas?

La indecisión le jugó una mala pasada. Su cuerpo temblaba y no sabía que hacer. De repente, pensó en Nadua, que le había advertido de los peligros y que le había proporcionado un frasco de una esencia misteriosa.

-Utilízalo cuando estés realmente en peligro – le había dicho Nadua, y la situación lo era.

Acserf buscó el frasco y lo abrió. Un hedor insoportable le hizo desvanecerse. Cuando volvió a abrir los ojos, las víboras no estaban y una inmensa alegría le invadió.

Su llegada a la cima fue rápida, y allí pudo ver ‘La Rosa del agua’, una planta pequeña de flores azules vistosas, que iba a llevar la paz a su pueblo.

Acserf Auga esperaba no llegar demasiado tarde. Había resguardado la planta y esperaba que funcionara. Al final de una cuesta, divisó el campo de batalla.

Lebitas y Rapsitas blandían sus espadas sin piedad. Tenía que hacer algo, ¿pero qué?

Pensó en Nadua; ella podría darle una solución. La curandera se encontraba en el poblado y su alegría fue inmensa al verle. Acserf le contó rápidamente lo esencial de su viaje y ambos fueron hacia la colina donde Nadua lanzó una bengala para atraer la atención de los guerreros. El ruido de las espadas cesó. Todas las miradas se posaron en nuestro protagonista que aprovechó el momento para dirigirse a ambos pueblos.

- ¡Abandonad las armas! ¡He aquí el remedio para nuestros pueblos!

Y alzando 'la Rosa' mostró a todos la mágica planta. Los combatientes estupefactos pensaron que era una simple hierba, pero al plantarla en tierra fértil, comenzó a brotar agua como nunca jamás se había visto. La gente lloraba de la alegría al mismo tiempo que soltaban las espadas.



*Acserf plantando 'La rosa del agua'.*

Los problemas comenzaban a cesar. Nadua intercedió entre los dos pueblos. 'La Rosa' había sido plantada entre ambos y se harían turnos para beneficiarse del agua. Los jefes de los Lebitas y los Rapsitas estuvieron de acuerdo, y aunque las desavenencias entre ellos siempre seguirían, la cuestión del agua ya no sería un problema. Con este hecho, la fuente de riqueza de los dos pueblos pasó a ser un agua pura y cristalina donde se reflejaba la felicidad de sus

moradores. Con alegría, celebraron este suceso entablando mejores relaciones entre los diferentes habitantes del lugar y convirtiéndose así en una civilización más estable y responsable con ellos mismos.

Todos admiraban el gran poderío de ‘La Rosa del agua’, de sus prodigios y misterios que había desarrollado en el río Lyn. Sus pétalos, reflejaban con los rayos del Sol la profundidad del manantial. Por este motivo, los Lebitas y Rapsitas se sentían orgullosos de sus patrimonios enriquecidos por el tesoro del agua.

Desde entonces, los dos pueblos mantuvieron la cordialidad y el agua siempre manó gracias a ‘la Rosa del agua’ y Acserf Auga se convirtió en el ‘Gran Caballero’.

ANDRÉS ROCHELA HERRERO